

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PALACIO DEL DALAI-LAMA

POTALA, EL VATICANO DEL TIBET

El quinto Dalai-Lama, vivo y muerto, edificó este palacio, que es más bien un inmenso castillo, hace más de trescientos cincuenta años, y se dice que vivo y muerto, porque temerosos los que le rodeaban de que su desaparecimiento interrumpiera la construcción, se juramentaron con los ritos de la sangre para decir que el Dalai seguía vivo, y sólo diez años después, cuando el edificio estaba terminado, se dio la noticia de su muerte.

Edificado sobre una pequeña montaña del mismo nombre, donde antes hubo una fortaleza de antiguos reyes que fue destruida por los mongoles, es el Vaticano del Tibet; como que allí se centralizan todos los negocios religiosos terrenales y eternos del país, a él convergen todos los caminos, y los creyentes suben sus gastadas gradas de rodillas, unos, otros arrastrándose, reptando, los enfermos y lisiados con esperanza de curarse y los sanos con el ánimo de almacenar durante su vida, gracias y esperanzas.

Ya tenemos enfrente, como navegando en el aire azul de la mañana, este inmenso palacio rojo con los techos de oro, aislado, aislado de todo, más de la atmósfera que de la tierra, bien que sólidamente asentado en los contrafuertes que lo sostienen. Arquitectura despejada de complicaciones, brutal y babilónica que superponiendo limpias superficies de nubes dentadas va coronando la montaña, hasta la parte más alta, donde se encuentran las tumbas de las encarnaciones anteriores del pontífice, y también sus apartamentos. En esas tumbas, subrayamos, está, él, en sus anteriores envolturas corporales, el mismo que está vivo, y ocupa sus apartamentos, en su actual encarnación.

Pero volvamos a la entrada. La mañana luminosa ayuda a que todo brille a nuestro alrededor. Las puertas y la escalinata principal. Todo luce de piedra y oro en los enormes portones que hacen resaltar las figuras de los monjes y sacristanes, vestidos de túnicas moradas, rojas, con sus enormes gorros o bonetes del mismo color que las vestimentas, y en los pechos, rosarios, algunos de huesos de muerto, otros con amuletos, y otros con pederías, en la oreja el clásico pendiente, no pocos con enormes colas de yaks trenzadas a manera de látigos para cuidar el orden.

El ruido fluvial de la multitud se pierde por las balastradas, se difunde en los pasillos, en las escaleras interiores, en los templos, en las salas, en los patios, salpicados de un picotear extraño producido por las ruedas... ¿Las ruedas?, preguntamos extrañados al guía que nos acompaña. Pero pronto vemos que se trata de otra clase de ruedas. De las ruedas de oraciones. Las verdaderas ruedas están, o estaban (recordamos haber venido en automóvil), proscritas del país, porque según una antigua profecía, la rueda le quitará la paz al Tibet. ¿Ruedas de oraciones? Más bien molinos de oraciones. Y no porque vayamos a terminar, religiosamente, con aquello de comulgar con ruedas de molino. La muchedumbre que va entrando al palacio, hace girar, de lado y lado estos molinos de piedra, piedras que producen un ruido seco, al chocar unas con otras, ruedas de superficies. Se muelen las oraciones, es la oración pulverizada, la que mientras avanzamos entre la multitud al interior del palacio va subiendo a saludar a la reencarnación del vivo dios,

en el Catorce Dalai-Lama que ocupa las terrazas, en lo más alto, pues nadie aquí puede vivir más alto que él, más cerca del cielo.

Largos corredores oscuros adornados de frescos, decoración mural que es obra de pintores chinos, o de tibetanos a quienes enseñaron los chinos. Meses, años, podría uno pasarse si fuera a querer ver en detalle los millares de figuras de todos tamaños pintadas en los muros del Potala, en sinfonías de colores y actitudes mágicas —nos atrevemos a emplear la palabra—, porque entre ellos forman un mundo lleno de vida real y mística, corporal y arrebatada por los fuegos interiores.

Recorremos varios templos, todos llenos de monjes que son como espigas de oro, en sus túnicas amarillas, con sus bonetes amarillos terminados en punta, llenos de sacristanes, de vestimentas moradas, de monjes vestidos de rojo quinda, entre la muchedumbre compuesta de tibetanos venidos de todas partes del Tibet, mujeres con sus peinados terminados en cuernos («bakor»), y poco a poco nos vamos sintiendo perdidos en aquel laberinto, de un templo a otro, hasta los más oscuros, los más profundos, en los que están encerrados, prisioneros, como en calabozos, terribles demonios autóctonos, primitivos, seres nacidos de las entrañas de la tierra tibetana y no domesticados por el budismo, un poco la fuerza de la primitiva religión Bon-po. En estos templos se mantienen guardias que cuidan que las perversas divinidades no escapen, centinelas sacerdotales que se alternan, y que durante su guardia, pronuncian palabras cabalísticas, propias para evitar la fuga de los malos espíritus allí cautivos.

Y nada nos conmueve más que la de los sacerdotes que, previas oraciones mágicas, dan agua por gotas a unos inmensos gigantes de piedra. Son los «Yidags». El inmenso vientre sediento es alimentado por la más minúscula de las bocas imaginables. Por gotas les echan el agua por el pequeño agujerito que ha de llevar aquella miseria de líquido a sus quemantes entrañas. Desgraciadamente, por la maldición que pesa sobre estos gigantes, todo el agua que beben, así sea por mares como por gotas, se les transforma en fuego, y por eso jamás mitigan su sed. Los sacerdotes que en Potala acompañan a los «Yidags», a cada hilo de agua que desliza en sus pequeñísimas bocas dicen palabras que evitan que aquel líquido que ellos les dan se convierta en fuego.

El guía nos indica que vamos a pasar al lado occidental del palacio, donde viven más de cuatrocientos monjes. «Namgyetrah» es el nombre que se da a esta parte del Potala. Pasillos y apartamentos son sumamente oscuros, en contraste con la luz clarísima que se adivina en los altos ventanales y que no alcanza a iluminar profundidades hechas para la meditación y el silencio.

Pero este contraste entre la sombra y la luz se nos antoja igual entre lo que vemos representado en los muros de estos templos, y en la actitud de sus monjes y religiosos budistas. Por un lado, el creyente que renuncia, que medita, que va quedando hecho hueso y pellejo, uñas, ojos y pelo, y frente a él, rodeándole, tentándole, por palparlo casi materialmente y palparlo también con la tentación, la ebriedad de las figuras más sensuales, oro, dragones, lotos, brocados, plumas, mantecas perfumadas ardiendo en los pebeteros, todo pintado, esculpido, bordado con tal vehemencia que parece real.

Muchas de estas decoraciones le parecerían a un occidental más propias de una casa de placer que de un templo. Hombres y mujeres, entrelazados, simbolizan el éxtasis que nace del conocimiento y de la vida recta. Pero íntimamente enlazados, profundamente enlazados.

El guía nos toma del brazo para evitar que caigamos en una escalera de pocos peldaños que no se ve en la tiniebla, y penetramos más hondo en la entraña del Palacio por salas en las que se almacenan las riquezas de los Dalai-Lamas: estatuas, libros, objetos raros como exvotos, imaginería de animales fundidos en oro y plata, otros recubiertos de piedras preciosas, y más adelante nos detiene la puerta de los túneles. Uno de estos túneles, nos explica, lleva a un lago subterráneo. Pero no tenemos antorchas para poder entrar hasta allí. Y de allí nos volvimos hacia las terrazas que coronan el palacio. ¡Ah, cómo nos pareció inmensamente luminoso todo! Ascendíamos por una escalera que semeja una calle en caracol. El panorama sobre Lhasa es inolvidable. Describirlo, difícil. Hay que pensar en el valle de Kytchu, donde está asentada la ciudad, como en una inmensa lámina seca, en la que la luz se adelgaza, la atmósfera se enrarece, y el tiempo parece quedarse inmóvil.

Un paisaje de la luna, de otro astro, no de este nuestro sufrido y adorado globo. La altura vuelve de tal pureza la atmósfera, que todo se antoja, en el panorama que se extiende muchísimo a la redonda, transparente, cristalino. Los muros del palacio, aquí en las terrazas apreciamos mejor su anchura, tienen hasta tres metros y medio de espesor, y sobre ellos, y dentro de ellos, está asentado el último piso, aquel que habita el Catorce Dalai-Lama, que es un jovencito, reencarnación de anteriores almas y divinidad a la que se venera en éxtasis. Y este es otro contraste: tan fino el aire, tan finísimamente fino, permítase decirlo así, el vidrio de la atmósfera, y tan espesos los muros del Potala. ¿Por qué no utilizan aquí esos materiales ligeros que harían una embarcación de viaje por eternidades de este castillo, por momentos, y por momentos santuario?

En medio del amarillo castaño del valle, más allá de las casas cuadradas de techos bajos de Lhasa, el sol acaba de transformarse en líquido dormido y relumbrante. Es el agua del río Kytchu, donde ahora trabajan mendigos y soldados tratando de encajonarlo en un lecho estable, para evitar que inunde los barrios y los campos con sus crecientes invernales.

Los tamboriles de los monjes siguen sonando. Es una lluvia cercana y lejana que los grandes tambores, con eco de trueno interrumpen de pronto. El sonido de los caracoles, parece tener un eco de pez marino, al cruzar el retumbo de los tambores.

Y contemplando Lhasa, la capital tibetana, desde las terrazas del Potala, cómo no recordar los versos de alguno de los poetas orientales: «Voy a esconderme en medio de las nubes que son las terrazas móviles de este palacio».

Miguel Angel ASTURIAS

Premio Nobel

SIEMPRE SE VUELVE A EMPEZAR

ANATOMIA DEL TEDIO

Si bien se mira, al fin y al cabo, es muy probable que la gente se aburra bastante menos de lo que parece. Hablo en general, claro está. Siempre habrá por ahí alguien propenso u obligado al hastío, sin duda. Pero el porcentaje, en términos hipotéticamente estadísticos, debe de ser insignificante. Lo que ocurre es que la cosa se presta a engaño. Cada cual se apaña como puede, y tiende a creer que quizá los demás —si no todos, muchos— se agostan en cualquier rutina boba. Cuando un vecino de ciudad, en su excursión dominguera, atraviesa la tarde calmosa y agrarria de un pueblo, suele inclinarse a compadecer a los Indígenas. «¡Cómo se estarán aburriendo!», piensa. Los habitantes del lugar consumen el tiempo a su manera: echan partidas de cartas en el café, asisten a las últimas cuarenta horas, se hacen visitas los unos a los otros, miran la «tele», pasean o, si son jóvenes, se amartelan en el baile o en el cine. ¿Se aburren? Por mi parte, y tal vez esto no deja de ser una reacción literalmente aldeana, nunca he conseguido reprimir una cierta desconfianza ante un domingo de urbe: Incluso diría que es la imagen perfecta del tedio. Desde luego, las multitudes del asfalto también tienen sus entretenimientos: el ballongo, el televisor, el fútbol, la reunión familiar, las obras pías, el volante, el bar de la esquina. Centro la cuestión en el domingo, y más todavía en su tarde. Es la oportunidad máxima de aburrirse, en estas latitudes. Y pasa lo que digo: nadie se aburre tanto como suponemos...

No vale la objeción de que, quizás a menudo, nos aburrirnos sin darnos cuenta. Nada de eso. Precisamente, el aburrimiento consiste en «darnos cuenta» de que nos aburrirnos. ¿O no? La definición que acabo de improvisar será una tautología o Dios sabe qué otro vicio reprobado por los tratadistas de Lógica. De todos modos, algo así hay en el fondo del asunto: una cierta conciencia de inanidad, de toda una serie de inanidades que, por un rato más o menos largo, condicionan nuestro comportamiento. El tedio es

un fenómeno curiosamente sutil. Las mismas palabras que vengo usando como sinónimas —tedio, hastío, aburrimiento— se brindan a distinguos muy matizados, y no seré yo quien se meta en el lío de afinarlos. Pero nos hallamos frente a un hecho «psíquico», indiscutiblemente ambiguo, difícil de precisar en sus más y en sus menos. Y lo malo es que, quierase o no, hasta cierto punto es inevitable traducirlo a escala sociológica. Más aún: el aburrimiento, como periferia individual, sólo puede producir poesía lírica o sublimes serpentinatas metafísicas; mientras que, considerado como eventualidad colectiva, constituye un problema grave. Baudelaire era un señor aburrido, fabricó sus poemas, y aquí paz y después gloria: la literatura universal se enriqueció memorablemente, pero la vida de cada quisque —las muchedumbres no aburridas— siguió su curso sin alteraciones onerosas, o, por lo menos, no más onerosas de lo corriente. En cambio, la perspectiva de que el aburrimiento se multiplique, se democratice, se convierta en un riesgo cotidiano...

Este riesgo, según informes solventes, existe. Estoy seguro de que, a estas horas, contamos con una vasta bibliografía docta acerca del tema: sería muy extraño que, de las universidades yanquis y germanas, no hubiesen salido tres o cuatro docenas de volúmenes sobre la «sociología del tedio». Porque el tedio, o, si se quiere, el hastío, o el aburrimiento, está planteándose como una realidad colectiva. En el pasado, la oportunidad de aburrirse no era nada frecuente. Sólo estaba al alcance de algunos neuróticos y de las personas muy acomodadas. El aburrimiento tenía al ocio como premisa, en efecto. Hoy sigue siendo el ocio su premisa, pero el ocio ya no resulta tan restringido como antaño. De momento, la amenaza de una epidemia de tedio únicamente es previsible en las sociedades ultradesarrolladas. Por acá aún no estamos tan apurados. Sin embargo, todo se andará. El futuro apunta por el lado de las ventajas tecnológicas, las cuales, por muy

mal repartidas que estén, acabarán por involuclar a los padrones municipales de toda laya. Los sociólogos nos lo advierten. ¿Con razón? No sé, no sé... Ignoro cuál es el procedimiento que los expertos en la materia utilizan para medir el posible «tedio» de las muchedumbres. La sociometría es una ciencia, o una técnica, todavía en mantillas. ¿Se atreve a «medir» eso que llamamos aburrimiento? ¿Y cómo lo hace, cómo lo hará?... Las encuestas son un método demasiado grosero para captar las sinuosas veleidades del ánimo. Y pido perdón por el empleo del vocablo «ánimo». De alguna manera hay que decir las cosas.

¿Cuándo «empieza» uno a aburrirse? ¿Hasta qué punto el aburrimiento es verificable? ¿A partir de qué grado de hastío, y de qué volumen de suma, el proceso adquiere importancia social? Las preguntas tendrán ya su respuesta, en los textos académicos que doy por supuestos. Con todo, una vaga aprensión queda flotando en nuestro análisis. Uno duda de que la gente, insisto, se aburra demasiado. En definitiva: ¿qué es el aburrimiento? El concepto, diestramente elaborado por cualquier sabio, podrá ser tan diáfano como se consiga que lo sea. La experiencia sería, no obstante, una historia muy distinta. Entre el baremo de los profesores y el instinto de los individuos habrá una diferencia terrible. Cada cual se aburre de un modo. O, si se prefiere, se «divierte» a su manera. Aldous Huxley afirmaba que los ciegos se aburren menos que los videntes, porque la monotonía, madre del hastío, es apremiante en los objetos «visibles», siempre iguales, o casi siempre, y no se produce, por el contrario, en las representaciones mentales, cambiantes y autónomas, único recurso de los que no «ven». Pongo este ejemplo. Tal vez Huxley estaba en lo cierto. Pero hay muchas especies de ceguera, además de la orgánica. Más exactamente: la capacidad de «representaciones» separadas de los objetos —de tales o cuales objetos— es extraordinariamente variada. Lo que a unos aburre a otros

divierte, y viceversa. Cualquier cosa puede divertirse o aburrirse: todo depende de cómo se la mire, o de no mirarla. Joubert decía que, para que el más insignificante chisme llegase a interesarnos, bastaba que fijásemos nuestra atención en él durante un cuarto de hora seguido...

Los sociólogos del neocapitalismo nos anuncian un tremendo alud de aburrimiento. Los sociólogos hostiles al neocapitalismo, quiero decir. Hay algunos que sostienen la teoría de que la saciedad, la abundancia de bienes de consumo, suscitará el hastío. O, en otra fórmula, el creciente «ocio» tecnológico hará que la ciudadanía se aburra. Incluso no falta quien insinue que las protestas juveniles, los rechazos «hippies» de la última década, los extremismos disolventes —valga el adjetivo—, son una simple consecuencia del tedio, que, a su vez, es consecuencia de la «riqueza». De ahí las drogas, la violencia, los suicidios, el anarquismo, el despilfarro erótico... No hará falta subrayar que los que lanzan y explican estas correlaciones son antineo-capitalistas por la parte arcaica y nostálgica. Son personas a quienes gustaría que no desapareciera la economía artesanal, el patriarcalismo político y la mentalidad agropecuaria. Es su mundo, éste, o desearían que lo fuese. En todo caso, dan por cierto que fuera de él el aburrimiento es obvio... A mí, particularmente, me cuesta un notable esfuerzo imaginar que la «saciedad» aburra. El «tristatur» de los viejos moralistas no era tan pesimista: se asentaba sobre la convicción de que la «concupiscentia carnis infinita est». Siempre se vuelve a empezar, y nadie se aburre, o nadie se aburre del todo: ni en los naipes, ni en el amor, ni en la mesa, ni en la conversación, ni siquiera en la tristísima pequeña pantalla... Las reservas frente al neocapitalismo, cuando son serias, tienen fundamentos más sólidos. El tedio no es un argumento.

Joan FUSTER

FALTAN DIEZ MILLONES DE CONEJOS

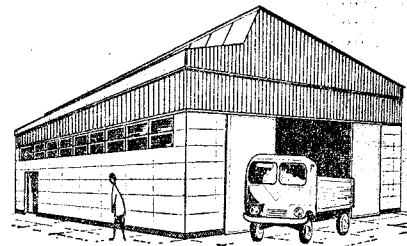
Gané dinero criando conejos para carne, con las famosas, jaulas marca EXTRONA, son limpias, desmontables, y galvanizadas, y más baratas que las de madera.

Solicite gratis boletín informativo
EXPOSICION Y VENTA:
Menéndez Pelayo, 29 - Barcelona-12



¿NO VE VD. BIEN?
Compre sus gafas en
ÓPTICA CLARAMUNT
PINO. 6
Gata perfecta y económica

NAVES PREFABRICADAS - ESTRUCTURAS METÁLICAS



ESTRUCTURAS DESDE 300 PTAS. m.2
NAVES DESDE 900 PTAS. m.2
PRECIOS SIN COMPETENCIA
ENTREGAS INMEDIATAS
copre
COMERCIAL DE PREFABRICADOS
Plaza Unificación, 17. Tel. 213-61-64.
Barcelona - 12